

ATADURAS

2019-09-30



Genero
problematika

AMETS SARASUA

¿Alguna vez te has preguntado por qué luchas? Nacemos en familias militantes, aprendemos costumbres militantes, nos creemos militantes y nos presentamos como tales. Somos mujeres que han sido engendradas unidas para la lucha. Desde el momento en que nacemos, hacemos nuestra esa sed para levantarnos y romper nuestras cadenas. Crece en nosotras desde la niñez: queremos ser libres. Libres, para tener el mundo en nuestras manos.

Si nos fijamos en cualquier expresión de la cultura burguesa magnificada por las esferas militantes, podemos notar que la libertad y la ausencia de ataduras son sinónimas. Podemos darnos cuenta de esto en los mensajes dirigidos a las mujeres en particular: esto de Serena Williams *"tus amigas pueden contar contigo, pero no demasiado"*, de Nike *"no hay nada que pueda pararte"*... Y como no, una amplia parte del Movimiento Feminista de Euskal Herria también se ha tragado completamente esta farsa. Pensando que estamos por encima de lo establecido, desde los agentes políticos se alimenta la copla de que los imperativos sociales no tienen impacto alguno en nosotras; llegando incluso a sugerir que cierta problemática de género es una cuestión moral. Sin reglas, sin límites, la fantasía burguesa del *no limit* se ha convertido en un objetivo militante. Podemos escuchar a feministas de cualquier rincón afirmando que sí, que las mujeres, para ser libres, debemos romper con todas las ataduras que tengamos.

No creas que esta fantasía la difunden únicamente mujeres como Arantza Tapia o Ainhoa Arteta, pues también la divulgan amigas nuestras de los grupos feministas locales. Tu también habrás escuchado, también te habrán dicho: *"yo no voy a comprometerme, no quiero estar atada a un grupo"*. Aquellas atadas al hogar de los padres, atadas a la paga de los abuelos, atadas a las becas del Estado, atadas al sueldo del trabajo de los fines de semana, atadas, incluso, a los trabajos de los compañeros de estudio, al amparo de los amigos, a la atención maternal... son las mismas que nos dan lecciones moralistas contra las ataduras.

Las funciones sociales que cumplimos son las que nos amarran a las mujeres proletarias, de acuerdo. Pero, hay una condición que es insuperable por la necesidad de liberarnos de esas asfixiantes ataduras: como individuos, somos incapaces de saciar todas nuestras necesidades reproductivas. Incapaces, y de esta manera, dependientes del prójimo para seguir viviendo. Aunque de vez en cuando tengamos la osadía de pensar que para seguir adelante no nos hace falta nadie más que nosotras mismas, no, no somos capaces de satisfacer todas las necesidades fisiológicas, psicológicas, sociales ni culturales que tenemos.

Es simple: sin ataduras morimos. Por tanto, la cuestión no es atarnos o no atarnos, sino es a quién, y, sobre todo, para qué nos atamos. A quién, pues esto nos posibilitará determinar la relación que tengamos con el que tengamos enfrente, y, en consecuencia, tener el control sobre nuestra reproducción. A pesar de que deleguemos el cumplimiento de tales necesidades al prójimo, escoger a aquellas que vayan a ser nuestro sostén nos da la opción de definir los pormenores de dicha dependencia.

Con esto no quiero decir que tengamos que aceptar cualquier atadura que nos impida morirnos, tampoco por el mero hecho de que este formado por trabajadores. Nuestro día a día nos ha demostrado que no hay ni una brizna de libertad en a las funciones sociales que se nos han impuesto en el sistema

capitalista. El feminismo nos ha manifestado a voces que no existe príncipe azul que vaya a salvarnos. La historia nos ha enseñado que, incluso teniendo los vínculos más estrechos posibles con uno mismo, no hay individuo que tenga opción de romper las cadenas. La experiencia nos ha corroborado que no hay alianza universal que vaya a liberarnos a las mujeres.

Cuando decidimos a quién nos atamos, decidimos con quien nos organizamos. Hemos nacido siendo parte de una comunidad de lucha, hemos aprendido a ser parte de un grupo desde la infancia. Era firme cuando lo conocimos, hoy, por contra, inespecífico, es difícil intuir quien está dentro y quien fuera. Si a eso le añadimos, que más que por conocimiento, se nos ha enseñado a actuar por inercia, podremos entender como hemos llegado a sentirnos hermanas de las dueñas de las empresas que afirman sufrir la opresión.

¿Para qué nos atamos? Porque cualquier atadura entre trabajadoras que no sea propia a la lógica interna del capitalismo no es una amenaza para la burguesía. Por ejemplo, como muchos grupos feministas que quedan para hacer manualidades como simple pasatiempo, que hacen sesiones de pilates en el gaztetxe para no pagar el polideportivo o que organizan sesiones interminables de introspección. Cuando hablamos de tomar el control sobre nuestra reproducción, no hablamos de satisfacer cualquier cosa que no sea posible colmar a través del mercado. La cuestión no es encontrar una alternativa más allá del mercado a cualquier deseo frustrado que tengamos. El quid de la cuestión está en coger esos elementos que nos clavan al orden burgués y llevarlos a cabo mediante nuestras capacidades. En este contexto, no nos atamos para organizar sesiones impagables de coaching autogestionadas, sino para lograr el control sobre las necesidades que únicamente podemos saciar a través de las herramientas de la burguesía y que nos son vitales. La relación entre las necesidades y capacidades del proletariado define, por tanto, los objetivos que prioriza nuestro programa.

Nos asustan las ataduras, es normal. Llevamos toda la vida amarradas: a la educación de nuestros hijos e hijas, a los deseos sexuales del marido, al trabajo de madrugada, a las modas insufribles, al carácter manso... Ante eso, nos surge, por inercia (o promovido por la cultura burguesa) el deseo de tener el mundo en nuestras manos, de ser independientes, la pasión de escoger por nosotras mismas quien y cómo queremos ser. Pero, el feminismo no puede venir a reforzar el desorden, al menos no la lucha de las mujeres proletarias. No venimos a quebrar el orden burgués, sino a establecer la organización y el orden proletario.

La lucha nos ata. No al orden social burgués, no a intereses y quehaceres que nos son ajenos. La lucha nos ata a la voluntad y la necesidad colectiva. Pero, en cualquier caso, nos ata. Nos es primordial centralizar las aptitudes del proletariado y subordinarlos a las necesidades que tengamos para avanzar, y como nosotras también somos seres llenos de capacidades, es preciso que nos prestemos a nosotras mismas al servicio de la solidaridad de clase. Los principios políticos que tenemos al organizarnos son la atadura que tenemos para con la lucha, es decir, la que construye la conciencia proletaria que nos define. Porque el cuidado no son cuatro mimos, porque el cuidado es compromiso, debemos superar todos nuestros impulsos y constituir nuestros deseos y acciones en función de la voluntad colectiva.

A partir de ahora, cada vez que pienses en que quieres ser una mujer

independiente, recuerda: no te queda otra que vivir atada. Así pues, decide con quién y para qué, en qué comunidad quieres luchar; cómo organizaras tu libertad. Es vital, escoge cuál es el bando en guerra al que te atarás.